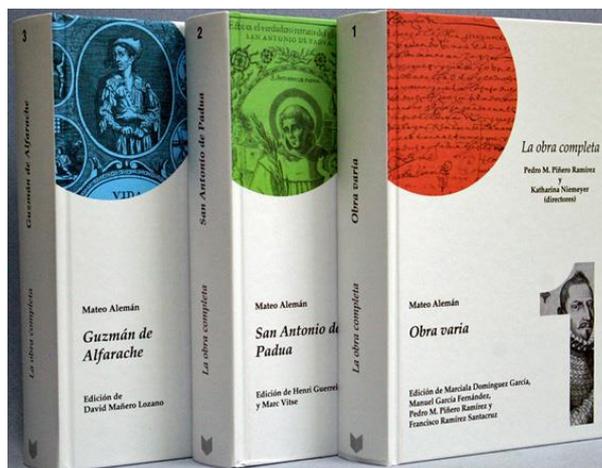


Pedro M. Piñero Ramírez y Katharina Niemeyer, dirs. *Mateo Alemán: la obra completa*. Sevilla: Iberoamericana-Vervuert / Universidad de Sevilla, 2014. 3 vols.

I, *Obra Varia* (VV.AA.), ISBN: 978-84-8489-842-9, 600 pgs.; II, *San Antonio de Padua* (Henri Guerreiro ed), ISBN: 978-84-8489-859-7, 737 pgs; III, *Guzmán de Alfarache* (David Mañero Lozano ed), ISBN: 978-84-8489-863-3, 821 pgs.

Reviewed by: Emilio González Ferrín  
Universidad de Sevilla



La intensidad vital de Mateo Alemán se escapa por entre las rendijas de sus notas biográficas conservadas. Quizá fuera la *Letra Escarlata* de sus raíces moriscas, o puede que simplemente su característica inquietud de ánimo. O acaso una cierta proclividad a tener a la Justicia pisándole los talones y en ocasiones mucho más cerca. Cualquiera de estas razones, y mucho más todas juntas, explicarían y justificarían los escapistas saltos vitales de un polifacético escritor que puso rumbo a la ilustración europea. También puso otros rumbos en su vida, por lo que, sin tener que llegar a esos límites ilustrados de sus horizontes, Mateo Alemán personaliza, en cualquier caso, la Historia en movimiento de un tiempo hispano nada manso y menos monótono, todo sea dicho: el flamante Siglo de Oro.

Creo que uno de los prologuistas de la obra que presentamos, Pedro Piñero, deja claros estos términos, así como la justa medida en que debemos leer tres volúmenes de *Obra Varia* del inefable autor del *Pícaro*. Y ya estoy traicionando el dinamismo en suma del prologuista, el autor en cuestión, y el tiempo histórico que nos ocupa; porque Mateo Alemán es mucho más que el autor del *Guzmán de Alfarache*, y porque Pedro Piñero no hace un prólogo sino un pórtico, fachada viva y parlante bajo cuyos relieves parapetarnos y documentarnos antes del viaje que nos espera. Además del pórtico de Pedro Piñero en el primer volumen, se nos deleita también con la introducción al segundo por parte de Marc Vitse, y la de Katharina Niemeyer al tercero. A esto debemos sumar la labor editorial de Marciala Domínguez García, Manuel García Fernández y Francisco Ramírez Santacruz (vol.I), Henri Guerreiro (vol.II) y David Mañero Lozano (vol.III). Y con todos estos mimbres, el resultado final es una trama excepcional de obra recuperada, renovada, definitivamente unida y pulimentada por este equipo dirigido por el citado Pedro Piñero y Katharina Niemeyer.

Estos tres volúmenes recogen, así, la primera edición de la obra completa de Mateo Alemán (1547-1614), conseguida mediante la colaboración de un pequeño grupo de especialistas. Su trabajo no ha consistido meramente en catalogar y ordenar una obra

tan nutrida como variada, sino que acometen una labor que se presenta sin ropajes desde el principio: *modernizar sin concesiones los textos de Mateo Alemán*. Decisión pausada, arriesgada sin duda y salvífica, al cabo, de un autor capital de nuestras letras; extremos, estos, en los que debemos detenernos un momento.

Modernizar los textos de un autor tan consagrado y antiguo, máxime con ese anuncio de *sin concesiones*, implica la decisión de arrastrarlo hasta nuestro tiempo. De ahí mi mención a lo salvífico: las literaturas de pueblos viejos y sabios cuentan en su haber con obras tan emblemáticas y de trascendencia ya tan universal, que el respeto reverencial hacia su *ipssisima verba* acarrea siempre su condena a la esclerosis. Al olvido por parte de sus hablantes, que han perdido la conexión con los abuelos de su idioma y ya no alcanzan a comprenderlos. Mientras el resto del mundo se acerca de un modo recurrente al universo literario de –pongamos por caso- el Corán, Shakespeare, la Ilíada, o el Quijote en otros idiomas, adaptándolo cada generación a la lengua de su tiempo en la traducción que va correspondiendo ¿no debería hacerse igualmente con su misma lengua, en su versión moderna en cada generación? El hecho de no tocar jamás el texto originario ¿no equivale a perder ese libro para los hablantes modernos de su mismo idioma?

El equipo encargado de revivificar la obra completa de Mateo Alemán consigue revalidar el efecto de su literatura. Situarnos al mismo nivel de sorpresa literaria en el que debieron de estar sus contemporáneos. Hay dos excepciones inevitables en esta obra modernizadora: la *Regla de la Cofradía del Dulcísimo Jesús Nazareno*, así como la *Ortografía castellana*. Ambos están tan confinados en su tiempo de edición, a un vocabulario tan específico y sólo válido para el contexto limitado de una Hermandad y una ortografía ya en desuso –respectivamente-, que su modernización habría resultado un genuino galimatías sin operatividad alguna. Por otra parte, las abrazaderas comprensivas que ofrece Manuel García Fernández a las reglas de su queridísima *Primitiva Cofradía* nos permiten adentrarnos y orientarnos por los vericuetos de una redacción tan específica, en tanto Francisco Ramírez Santacruz hace lo propio con la obra tan querida de aquel autor a quien el presentador hace decir *la ortografía soy yo*.

En el resto de los casos, el equipo encargado de desempolvar léxico y engrasar sintaxis ha conseguido eficazmente la resurrección de un autor capital; una victoria sin precedentes contra el anquilosamiento de los textos. De hecho, nada más lejos de cuanto se percibe tras la lectura de esta obra. La vitalidad de Mateo Alemán resulta tan inquietante en esta edición, que el riesgo es el contrario; el anacronismo en que podemos incurrir cuando atendemos a las maniobras abiertamente actuales del autor en la comercialización de su *Guzmán* o, por poner otro ejemplo, la cercanía o el paralelismo que podrían establecerse entre el *Informe secreto* aquí recogido o –pongamos por caso- *A sangre fría* de Truman Capote. Y probablemente estriba aquí la importancia intrínseca de esta obra: no es un mero ejercicio filológico de recuperación –con lo loable que sería, sin más-, sino que con estos tres volúmenes viaja el lector por un universo de estilos, géneros y tiempos, desde el actualísimo reportaje de investigación jurídico-periodística del citado informe hasta ese *clasicón hagiográfico* que constituye la biografía de San Antonio de Padua, pasando por ambos *Guzmanes*, cuya dualidad, precisamente, apunta maneras actuales con esa ambigüedad de un final abierto –en palabras acertadas de Cavillac– como probable lanzadera para continuaciones.